

Platón posiblemente nace en Atenas en el **siglo V**, en el que transcurrió su juventud.

Entra en el siglo IV ya maduro y fortalecido por el trato con su maestro, Sócrates.

El profesor Manuel Souto Vilas nos explica que Sócrates había superado el relativismo de los sofistas que con su discurso de lo aparente más que descubrir, encubren la realidad.

Y nos hace saber que Platón hace compatibles los pensamientos opuestos de Heráclito y Parmenides: ni el “todo se mueve y el reposo es una ilusión de los sentidos que no advierten lo lentísimamente que se altera el ser de las cosas” ni el “todo reposa y el movimiento es sólo apariencia” son la única verdad por muy contrarios que “sean” o “aparezcan”.

Y que lejos de entender el diálogo como una disputa lo ve como una “arte de preguntar y responder”, e incluso como el “discurso interior de un alma que busca la verdad”.

Y que la verdad no puede radicar en las sensaciones o en las imaginaciones o en los recuerdos, sino en los razonamientos sobre las impresiones.

Y que el pensador ha de ser capaz de hacer la síntesis pero también de ejecutar la disección de las componentes; y que en el “ir y venir” de su tarea ha de seguir un movimiento ondulatorio que lo mismo irradie a partir de un elemento, que atraiga las diversas partes hacia la idea coordinadora; y que cada verdad ha de ser “piedra de toque” para todas las demás.

Y nos explica Souto Vilas que el filósofo ateniense diferencia entre la ignorancia y la sabiduría diversos grados intermedios de conocimiento: las “conjeturas” que corresponden al mundo de las sombras y apariencias; las “creencias” cuyo objeto son los seres naturales; el “razonamiento” que trata de las formas; y la “intuición” que opera sobre las ideas.

La obra del profesor Souto, puesta en el libro “negro sobre blanco” se corresponde muy bien con su discurso oral: va “discurriendo” apoyada en un hilo estructural y escalando niveles según una lógica rigurosa.

Tan sólo habría que matizar sobre el acento galaico que tanto sorprendía a los muchachos bilbaínos que recibían sus lecciones.

Parece que Sócrates poseía una bella voz y, por tanto, que la versión que de sus palabras nos dejó su discípulo, está empobrecida respecto del original.

En cuanto a las cualidades orales de Platón no se puede descartar que careciera del don que había recibido Sócrates.

Como algunos elegantes caballeros que al descender de su montura tienen el caminar rutinario y vulgar, sin ser torpe, del más común de los andarines, es posible que Platón fuera un orador de nivel mediocre.

Pero el mayor problema de los que dejan sus ideas por escrito es que no podemos especular, imaginar o inventar sus pensamientos; no podemos recrear su mundo intelectual como Platón hizo con Sócrates.

¿O sí?

Y ¿por qué no? Vamos allá.

Pues resulta que Platón adelantó el momento en el que el reino de la caverna y de las sombras dejaría paso al de la luz y de las formas más bellas.

Predijo que pasados dos mil y algunas centenas de años, en un lugar llamado Hollywood, sería establecida la verdad única y absoluta mediante una técnica de representaciones teatrales que transformarían la realidad contingente en otra realidad plástica y definitiva.

Y fue más lejos precisando que la obra cumbre reflejaría el amor entre una reina del norte y un noble sureño: el actor gozaría de un bigote digno de un dios y la actriz poseería una hermosura fría e inalcanzable.

La falsa apariencia quedaría desvelada al mostrarse la verdad desnuda cuando los dos protagonistas se despojasen de sus trajes masculinos.



Y el ateniense hizo también muchas profecías sobre los momentos cumbres en los que la humanidad terminaría con las apariencias y las sombras.

Por ejemplo adelantó que la poesía repetitiva y cansina con la que los bardos, a veces acompañados de una lira, cantaban las hazañas bélicas de los héroes o las deportivas de los campeones, sería superada por otra pura y desnuda en la que la belleza luciera con el esplendor más sublime.

Y también ponía ejemplos: predijo que en las orillas del Betis nacería un poeta que tendría la facultad de comprender instantáneamente la hermosura de todo lo que sus ojos pudieran contemplar.

¡Ah! También luciría un bigote geoméricamente perfecto.

